



Vista de Longwood, tomada desde la granja de Balcomb. (Copia de un grabado inglés)

CAPÍTULO VII

Enfermedad mortal del Emperador. — Pide que le trasladen á un clima más templado. — Carta de Montholon á la princesa Borghese. — Recrudescen los síntomas alarmantes. — Hudson Lowe pide la intervención de otros médicos. — El Emperador se niega á recibirlos. — Da las últimas instrucciones al doctor Antommarchi. — Partes redactados por el doctor Arnott. — El doctor participa á Montholon que el enfermo está en peligro. — Nuevos encargos del Emperador á Antommarchi y á sus albaceas. — Últimos momentos de Napoleón. — Montholon participa su muerte al gobernador. — El marqués de Montchenu no es admitido en la estancia mortuoria hasta el 6 de Mayo. — Deseo del Emperador de que lo entierren en el cementerio del Padre Lachaise. — El gobernador manifiesta que sus instrucciones se oponen á la traslación del cadáver á Europa. — El valle Forbett. — Exequias. — Término de la comisión del marqués. — Su regreso á Francia.

Había llegado el momento en que iba á prevalecer la enfermedad, hasta entonces dominada por la energía y robusto temperamento del Emperador. De algún tiempo acá, sentía éste que sus órganos estaban irremediablemente atacados y á menudo pronosticaba su muerte, aunque nadie la creía tan cercana. En la mañana del 2 de Abril sufrió el Emperador la primera acometida de la crisis suprema. Habíase levantado temprano aquel día y paseó buen rato por el huerto que caía detrás de las cocinas, pero estaba visiblemente fatigado y acabó por sentarse en el césped. Montholon se acercó para preguntarle si se

sentía indispuerto, á lo que respondió: «Tengo náuseas. Son correos de la muerte; el heraldo cuya sorda trompeta ha de resonar en todo oído humano.» El conde sonrió con tristeza, y entonces añadió Napoleón cogiéndole por el brazo: «La muerte no es cosa de risa cuando se la ve de cerca.»

Mas, á pesar de los tristes presentimientos del Emperador, su aparente alegría y todo su exterior denotaban tan vigorosa salud que sus compañeros y los mismos médicos se forjaban todavía halagüeñas ilusiones. El enfermo, por el contrario, veía con toda claridad su estado y dijo: «Es una tregua de ocho ó quince días. Después reanudará su curso la enfermedad.» En uno de esos periodos de relativa mejoría, escribió Montholon á París diciendo: «Intentan ver si logran que su estado de salud inspire lástima... Caerá gravemente enfermo y pedirá entonces el cambio de residencia á Francia, Escocia ó el Canadá. Se contentaría con Malta.»

Es cierto que en aquella época pidió Napoleón, por segunda vez, al gobierno inglés que le transportasen á un clima europeo, como único medio de aminorar sus sufrimientos (1). Montholon escribió también el 17 de Marzo á la princesa Borghese, comunicándole los espantosos progresos de la enfermedad: «Decae de día en día con extrema flaqueza, que no le permite andar solo ni aun por los aposentos. A la afección del hígado se añade otra enfermedad igualmente endémica en esta isla: la inflamación de los intestinos... El estómago lo devuelve todo, y el Emperador no puede comer nada sólido. Se mantiene con purés y helados... El Emperador confía en que V. A. enterrará á los ingleses influyentes del verdadero cariz de su enfermedad. Se muere sin socorro de nadie en este horrible peñasco. ¡Su agonía es espantosa!»

Esta carta llegó á Europa muchos días después de la muerte de Napoleón; pero aunque la princesa la hubiese recibido antes, de seguro no doblegara el implacable encono de los ingleses, que atentamente seguían las dolorosas vicisitudes del espantoso drama que se desenvolvía en aquel árido peñón. De todas las fases de la enfermedad

(1) Hudson Lowe se negó á transcribir la primera petición de Napoleón, so pretexto de que figuraba el título de Emperador en la carta redactada al efecto por Bertrand. No sé si la segunda carta corrió la misma suerte.

del Emperador, daba Hudson Lowe minuciosa cuenta al gobierno de Londres, que así estaba tan exactamente informado como lo permitía la dificultad de comunicaciones con Europa. Además, el gobernador redobló por entonces sus instancias para ver al cautivo, y de acuerdo con el marqués de Montchenu, quiso recurrir á todos los medios para tener la certeza de que Napoleón estaba en su aposento, y que la enfermedad le impedía salir. El conde de Montholon halló modo de satisfacer tan odiosas exigencias sin lastimar el honor de Napoleón. «Entreabrió una ventana en el momento de transportar al enfermo de una cama á otra. El oficial de guardia pudo ver su noble rostro ya macilento y enflaquecido por la muerte, y se apresuró á participar al gobernador que no se representaba en Longwood comedia alguna (1).»

Poco duró la tregua concedida por la enfermedad. A últimos de Abril, fué tanta la debilidad del Emperador que apenas podía dar un paso; «y sin embargo, no quería que nadie le ayudase, sino que apoyado en las sillas, iba de un extremo á otro de su alcoba, y á cada instante posaba la vista en los retratos de su mujer y de su hijo... Permanecía horas y horas tendido en un sofá, frente á la ventana del jardín, donde leía *La Henriada* y *El Telémaco*. La pequeña Julia iba á verle como de costumbre, y Bonaparte la enseñaba á leer y le preguntaba qué decían de él. Dijole la niña un día que todo el mundo suponía que su enfermedad era pura imaginación, á lo que respondió: «¡Ojalá no se engañen en sus conjeturas! Pero no, — añadió con viveza, — no saldré de ésta... ¡Búscate otro maestro, porque ya no te daré muchas lecciones (2)!»

Desde el 20 de Abril se exacerbaron los síntomas alarmantes, y aunque el marqués de Montchenu sospeche «una astucia de Bonaparte para desviar la atención cuando se dispone á alguna empresa», se convence de que ha sido preciso llamar á Longwood al médico militar Arnott, del regimiento n.º 20. «Este facultativo ha visitado diariamente desde entonces al enfermo, pero su diagnóstico no concordaba con el de Antommarchi, excepto en que no era inminente el peligro... De pronto le sobrecogieron al enfermo vómitos frecuentes, y las deposiciones eran sumamente negras. Aunque no quería tomar

(1) Thiers: *El Consulado y el Imperio*, t. XX, p. 702.

(2) *Los seis últimos años de Napoleón Bonaparte*, por J. Monkhouse, un vol.

nada, se logró disminuir la frecuencia de los vómitos... Por fin, sobrevino una crisis violentísima, y, desde entonces, ni come ni bebe.»

Muy crítico fué el 25 de Abril. El doctor Arnott notó en el enfermo gran debilidad cerebral, seguida de delirio, del que se aprovecharon los médicos para aplicarle en el pecho un vejigatorio, que se arrancó él mismo al recobrar los sentidos. Por la tarde sintió Napoleón mayor debilidad todavía y el pulso continuaba alterado.

26 Abril. — El parte dirigido por el doctor Arnott al gobernador, decía así: «El estado del general Bonaparte es el mismo de ayer mañana. Según me participa el doctor Antommarchi, el enfermo ha tenido dos vómitos desde mi visita de ayer tarde y ha pasado muy intranquilo la prima noche, si bien pudo dormir algo de 3 á 7 de la mañana. A esta hora tuvo un vómito cuya deyección era, según yo mismo vi, del chocolate y sopa de fideos que tomó la noche antes.»

27 Abril. — El decaimiento del enfermo es extremado á consecuencia de los continuos vómitos. Sin embargo, el pulso sigue normal; pero el médico inglés dice que aunque no hay peligro inmediato, son muy mal síntoma los vómitos. El Emperador se sentía devorado por la sed, y continuamente le pedía á Marchand que le refrescara los labios con el agua de una fuente á donde solía ir á beber antes de su enfermedad (1).

28 Abril. — Noticioso el gobernador del gravísimo estado de Bonaparte, se trasladó inmediatamente á Longwood para manifestarle al doctor Arnott que le parecía necesario consultara con otros médicos. El informe del facultativo inglés, que ya esperaba al gobernador, fué del todo desfavorable, pues acababa de salir de la alcoba de Napoleón, quien había tenido vómitos aún más alarmantes, con deyecciones de materias negras, parecidas á heces de café. Su voz era más débil y el decaimiento extremo. Su aspecto era tan alarmante, que el doctor Arnott creyó preciso comunicar á los condes de Montholon y Bertrand sus temores de que se presentaran síntomas

(1) Agua de la fuente Forbett, más abajo de la alquería habitada por la familia del gran mariscal. Allí se abrió la sepultura provisional del Emperador.

funestos, aconsejándoles consulta con otros médicos. Así lo hicieron, después del ofrecimiento del gobernador, y en consecuencia, llamaron á varios facultativos; pero enterado de ello Napoleón, manifestó que tenía confianza en las personas que le rodeaban y no necesitaba otros cuidados.

Por la noche de aquel mismo día, el Emperador, con imperturbable serenidad, le dió á Antommarchi las instrucciones siguientes: «Después de mi muerte, que no está lejos, quiero que hagáis la autopsia de mi cadáver y exijo vuestra promesa de que ningún médico inglés pondrá la mano sobre mi cuerpo, pero si tuvierais necesidad de ayuda, valeos únicamente del doctor Arnott. También deseo que pongáis mi corazón en espíritu de vino y que lo enviéis á Parma á mi querida María Luisa. Le diréis que la he amado tiernamente, que nunca dejé de amarla... Os recomiendo, sobre todo, que examinéis bien mi estómago y hagáis un informe preciso y detallado, que enviaréis á mi hijo. Los vómitos casi incesantes me dan á entender que el estómago es la entraña más enferma, y sospecho que debo tener la misma lesión que causó la muerte de mi padre, es decir, un escirro en el piloro... Cuando haya dejado de existir, iréis á Roma, veréis á mi madre, á mi familia, y les enteraréis de cuanto hayáis observado respecto á mi situación, enfermedad y muerte en esta triste y nefasta roca. Les diréis que el gran Napoleón ha muerto miserablemente, faltar de todo, abandonado á sí mismo y á su gloria. Les diréis que, al expirar, lega á todas las familias reinantes el horror y el oprobio de sus últimos momentos (1).»

Entre once y doce de la noche sobrecogióle al Emperador un ataque de disnea y disminuyó considerablemente el pulso. Tuvo ansias durante diez minutos y deliraba de cuando en cuando. El boletín médico se redactó como sigue: «Entre seis y siete de la mañana salí de Longwood, dejando á Bonaparte tranquilo, pero obstinado en no tomar alimentos ni medicinas. A duras penas pudimos lograr que por la tarde tomase una pócima para aliviarle las ansias.»

29 Abril. — El oficial inglés que estaba de servicio en Longwood, envió á Hudson Lowe el siguiente informe:

(1) *Memorias de Antommarchi*, t. II, p. 130-132.

«He visto esta mañana al conde de Montholon, cuando salía él del aposento del general Bonaparte. Me ha dicho que el general había pasado muy mala noche, sin poder descansar, en continuo delirio hasta las siete de la mañana, en que se durmió profundamente. El conde de Montholon lo dejó dormido.»

30 Abril. — Siguen las cosas lo mismo. El doctor Arnott le ha aplicado al Emperador un ancho vejigatorio y el doctor Antommarchi otro en cada muslo. El parte facultativo del médico inglés decía así: «El general Bonaparte está lo mismo que anoche. Tiene frecuentes vómitos, aunque no tan molestos como los del sábado pasado. En mi opinión, no cabe alarma por el aspecto de las deposiciones, pero sigue obstinado en no tomar medicinas ni alimentos. El conde de Montholon me manifestó que toda la noche estuvo junto al enfermo, quien, hacia la madrugada, experimentó un espasmo que le duró dos horas, lo cual tengo por muy mal síntoma.»

1.º Mayo. — Desde este día, los fieles servidores de Napoleón perdieron las pocas esperanzas que tenían, y echaron de ver que antes de acabar la semana habría muerto aquel á quien consagraron su vida. El doctor Arnott manifestó al gobernador que la enfermedad presentaba peor cariz que nunca y en consecuencia advirtió de ello á Bertrand y Montholon, diciéndoles que el Emperador estaba en peligro de muerte, por lo que pedía nuevamente consulta con otros médicos. Sin embargo, los compañeros del Emperador se negaron constantemente á este último extremo.

2 Mayo. — Aunque el enfermo fuese perdiendo las fuerzas, podía, de cuando en cuando, conversar con los que le rodeaban y darles los postreros encargos. En un momento de alivio, le reiteró al doctor Antommarchi las instrucciones ya dadas, diciendo: «Acordaos de lo que os he encomendado para cuando deje de vivir. Examinad cuidadosamente mi cuerpo, y sobre todo mi estómago. Los médicos de Montpellier pronosticaron que el escirro en el piloro sería hereditario en mi familia. Me parece que ese dictamen lo tiene Luis. Pedidsele, cotejadlo con el vuestro, y al menos que mi hijo evite esta cruel en-